

Canto del granizo

I

Los sustantivos asquean
la memoria de las moscas,
inevitable fulgor de la mañana
que se llena de sapos
y de granizo que cubre los pasos sin orilla.
Hermandad de las rocas
que cantan al margen de mapas extraños,
golondrinas que se llevan inviernos
y desandan la memoria de tus manos.

II

A la orilla de la noche
tu nombre resuena como enjambre
como clorofila abismo desprovisto de amaneceres
y lleno de largas horas.
A la orilla de la noche
llegan conjeturas
que recuerdan que somos un puñado de espejos y faroles.
A la orilla de la noche
tu sombra vibra en medio de manos laboriosas,
de besos atrincherados que proveen girasoles.
A la orilla de la noche
tu nombre es canto en los azahares
tu nombre, implosión que urde alebrijes.

III

Los cristales se difuminan ante ojos abejas.

El canto del granizo es solemne,
perpetúa el aroma de crisantemos
y sus miles de ojos que observan
el instante y sus difuntos.

El canto del granizo es sólido,
irrumpe de tajo,
quiebra las cicatrices
y la inmediatez del tiempo y sus agujas.

IV

Debajo de mis dedos
hay oasis que se despabilan con la noche.

Debajo de mis dedos
están las brújulas que tejen alelíos,
perfuman caracoles.

Debajo de mis dedos
se carcome la miseria que han dejado los ojos abismos,
las hienas del desamor y el delirio.

Debajo de mis dedos
hay una canción que afila cuchillos
y atrapa la inmediatez del alba y sus pájaros.

Debajo de mis dedos estoy
y no me resigno.

La fe herida que duele

El corazón

y el trepidante ritmo ahogan la voz de almendras.

Las tijeras

y su caricia de metal incendian la sangre.

Los huesos

y su esencia helada corroen la ruta de los gusanos.

Los ojos

y su estela de luz enceguecen los días del mercurio.

La alegría de los corales

impregna risas en la danza de los náufragos.

Los pájaros transparentes escuchan a Beethoven

devolviendo con eso la fe.

Las manos y su basto desierto

donde se dibujan diminutos soles

guían el regreso a casa.

El filo del cuchillo

y su delicado canto guían por senderos de arena

las noches llenas de larvas.

La risa

y sus miles espejos hacen huir a la muerte,

la fe es herida que duele.

La razón de los insectos

El canto del petirrojo atraviesa mi lengua
la sombra,
personaje clandestino donde encalla la risa.

Las espinas,
geografías donde germinan las cruces
que se colocan sobre bultos que perdieron la fe.
Las odas se impregnan de la razón de los insectos
prestos a devorarlo todo,
ante ellos pierde sentido
la muerte,
la risa
y las cruces.

Juguetes cruces

Esa terquedad de ir de viaje

de nombrarlo todo

de romperse los huesos en nuevas andanzas,

el Sol ya no da sobre la frente

ha huido a mejores derroteros.

La niña silva una canción inventada,

sabe que vive porque ve reír a los demás.

A pesar de la risa, se arranca las uñas,

es su forma de vengar a sus muertos.

La niña regala sus nostalgias,

las flores que ha cultivado en pentagramas sin semillas.

Mamá ¿En dónde está Micaela y Dalila?

He visto mariposas volar en mi habitación

pero ninguna se parece a ellas.

Mamá tengo sueño

¿Me arrullas?

Soy tu niña ¿Lo recuerdas?

Los juguetes son cruces

que reposan sobre almohadas llenas de moho.

Otras formas de caminar

Los perros reconocen los caminos
que alguna vez cobijaron nuestros pies,
los ladridos son mariposas translúcidas
donde los niños juegan a escondidas
mientras los cometas desenredan los sueños.

Los perros reconocen los caminos
que alguna vez fueron la brújula para nuestros miedos,
los ladridos son arcoíris que desactivan la nostalgia del ayer
reinventando los sueños postergados.

Los perros reconocen los caminos
que alguna vez fueron cometas
que dieron esperanza,
que albergaron el abrazo.

Padecemos cotidianamente
y dejamos de leer entre líneas
y olvidamos que los sueños,

la brújula

y los cometas son otras formas de caminar.

No es la espina de la rosa

No es la espina de la rosa
la que nos hiere,
ni las grietas de peces amorfos
metidos en un sueño que desanda miedos
y convoca al suicidio.

No es la espina de la rosa
la que nos hiere,
ni la sangre que corre por las calles
infames de la infancia.

No es la espina de la rosa
la que nos hiere,
ni chiriviscos
donde el fuego se extingue.

No es la espina de la rosa
la que nos hiere,
ni la ceniza de los huesos
que vuelan hacia mis ojos.

No es la espina de la rosa
la que nos hiere,
ni el picotear de cuervos
que laceran sin piedad mi corazón.

Nos hiere la belleza de la rosa.

Culpas ajenas

Las piedras lloran
porque se resisten
a sentir en sus sienes
el aire que las transforma
en monstruos,
no está en su esencia
teñirse de rojo,
extrañan los laberintos
nupciales de la selva,
la caricia sutil del mar en calma
o el saludo a destiempo del caminante.

Las piedras lloran
porque no está en su esencia
limpiar culpas ajenas.

Perros milenarios

Me lustro los zapatos y me dispongo a salir, la lluvia me anuncia que los girasoles aún esperan los besos. Los azacuanes brincan de alambre en alambre esperando sorprender a la niña con pétalos de dalia sobre sus sienes. Los perros siguen recorriendo las calles oliendo sus dominios, levantando sus patas traseras como una burla al horizonte que se viste de grises y llora por la niña a quien los azacuanes han dejado vestida y alborotada. Los perros siguen su camino, de vez en cuando se detienen y miran hacia el pasado, huelen el camino y saben que no todo está perdido.

Los ojos de mi madre

Hoy por la mañana vi los ojos de mi madre. En ellos no vi cansancio, ni penas, ni congojas, ni largas cadenas de oraciones infértiles. No vi en ellos crucifijos que llenan el corazón de culpas. No vi en ellos lápidas que hacen sangrar las manos de impotencia. No vi en ellos saluciones de dioses falsos y de flores negras que marcan el paso del olvido. En cambio vi en ellos el reflejo del agua que emana de manantiales vírgenes que sacian la sed y sosiegan las manos. En sus ojos negros vi cómo la noche se ha instalado porque su mirada irradia estrellas que no son fugaces, pero sí cumplen los deseos de los brazos que esperan el regreso. Vi en ellos féculas dulces que riegan los días de bondad y enternecen el caminar de los primeros pasos. Vi en ellos la mayor de las ternuras que sobrepasa al silencio y continúa a pesar de la muerte.

Los que verdaderamente viven

Al cementerio dicen que solo llegan los que mueren. Sin embargo, he visto gatos negros que se pasean y recobran las flores y sus pétalos que se convierten en los epitafios para los que aún viven. He visto hormigas afanosas entre tumbas vacías y entre sus patas se descuelgan los llantos de los que aún viven. He visto zancudos que rondan las horas de la locura y entre sus alas llevan el peso de las culpas de los que aún viven. He visto a los zompopos que rasgan las rutas de los pistilos y seducen a la tarde con sus vómitos de arena y con ella sepultan la ignominia de los que aún viven. He visto a la tarde que huye de las fronteras del cementerio y entre su falda de colores lleva pedazos que huelen a vida.

Herida

La herida que me hice el domingo
preparando la ensalada
recuerda lo mortal que soy,
la sangre se mezcla con trocitos de tomate
y cebolla que yacen en el fondo del plato.

La sangre que en mis venas es vida
se confunde con el color del tomate.
La mañana está herida,
de ella salen pájaros que recuerdan
que las pascuas ya han muerto.
En los labios queda el sabor a hierro
que los gallos reafirman con su canto.
En el fondo del plato quedan pedazos de uñas
uñas
uñas
uñas que arañan la piel en el último aliento.

De esta herida salen canciones
que oscurecen los días.
Esta herida es puerta
de donde salen ángeles y demonios
y por la que ahora me conduzco
para llegar al centro de mis tormentas.
Esta herida surco

grano

eco

luz

tiempo.

vida.

Casa azul

Una casa azul me nombra,
sus puertas anchas
renombran los pasos de la abuela.
Las ventanas dejan escapar la risa del abuelo
que se convierte en golondrinas.

Una casa azul me nombra,
habita este corazón
que palidece ante la tiricia.

Una casa azul me nombra,
las redes llenas de mazorcas
atestiguan que la risa de papá y mamá
florece en cada esquina.

Una casa azul me nombra,
el acordeón recorre los pasillos
hilvanando anagramas en los relojes.

Una casa azul me nombra.

Cubre mis ojos con tus manos madre

Cubre mis ojos con tus manos madre,
borra de tajo premoniciones
que traen consigo la muerte,
hay una canción de abejorros
que tengo atorada en el pecho.

Madre cubre mis ojos con tus manos,
concluye la oración matutina por mí.
Los árboles se han quedado sin el calor de un nido,
yo me he quedado sin el calor de los sueños.

Madre con tus manos cubre mis ojos,
sálvame de canciones de cuna recurrentes,
del látigo de abrojos nocturnos.

Cubre mis ojos con tus manos madre,
calma este llanto que me convierte en mar,
recuérdame el sabor de los besos,
esos que cubren al amor aun con los ojos cerrados.

Seudónimo: **Adilene Manuela**